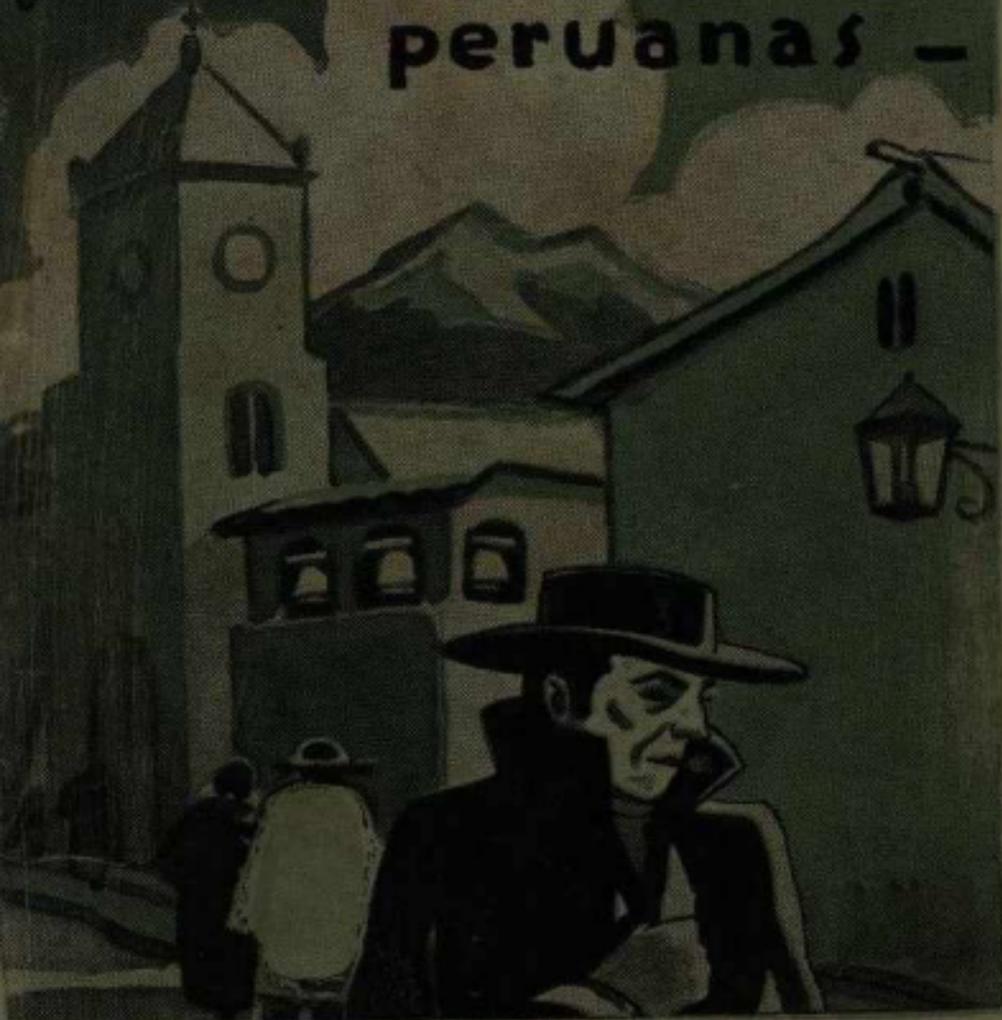


# BOLIVAR

y las tradiciones  
peruanas -



Por **RICARDO PALMA**

Ediciones "La Torre" - Caracas - Venezuela

**LIBRERIA LA TORRE**  
**Ofrece las**  
**Ediciones "La Torre"**

**EMIL LUDWIG**

**STALIN**

**Conversación Político-Ideológica en el Kremlin.**

La mano maestra de Ludwig traza un vigoroso perfil de una de las personalidades más discutidas del mundo.

Precio: Bs. 0,50.



**JOSE RAFAEL POCATERRA**

**POLITICA FEMINISTA**

**(EL DOCTOR BEBE)**

... "Se va descolgando la sátira hasta morder y penetrar las carnes de un político de actualidad en años pretéritos".

Precio: Bs. 2,50.

Ex libris

Kudolf Holz

AB-175

Ediciones de la Editorial La Torre

980.02092

8689pr

1938

e. 2

# BOLIVAR

en las Tradiciones Peruanas

Por

RICARDO PALMA



Lit. y Tip. Vargas - Caracas - 1938

## **Breves Consideraciones**

Hasta hace muy pocos años, en Venezuela eran conocidas las "Tradiciones Peruanas" sólo por un escaso número de personas, literatos la generalidad. De este desconocimiento no escapaban ni las "tradiciones" que se relacionaban con el Libertador.

He dicho que hasta hace pocos años; pero esto no significa por ningún motivo que la obra de Ricardo Palma sea popularmente conocida en Venezuela, para cuyo pueblo, a mi modo de ver, esta obra debería ser lectura tan habitual como la de "Fanloches", sobre todo, en cuanto estas Tradiciones se relacionan con la vida de los libertadores por allá en las tierras del Sur.

Ahora, la Editorial La Torre brinda al pueblo venezolano, en esta obra, la oportunidad de leer algunos de los relatos de Palma en asuntos o crónicas relacionados con Bolívar y el medio en donde éste actuaba, poniéndolos al alcance de todo el mundo.

Hay en esta colección de Tradiciones, toda esa gracia y ese hondo sentido que Palma sabía poner en sus obras, y cuyo mérito, precisamente, estriba en hacernos conocer, si no la exactitud de los hechos de la vida indi-

vidual, si el ambiente social en el cual se movían los personajes que ponía en movimiento en el vivido cuadro de sus representaciones mentales.

Aquí es bueno recordar que en la crónica de la vida cotidiana—aun cuando se presente medio falseada por error o por necesidad de objetividad literaria—siempre hay más veracidad que en lo que pudiera llamarse historia oficial de las naciones.

La historia oficial o general, no enfoca sino los grandes acontecimientos, y casi no toma en cuenta sino a los grandes autores o actores de los mismos. Pero esos grandes acontecimiento y esos grandes hombres—héroes, taumaturgos, hombres de Estado—tienen, como es natural, una raíz o base hundida en la oscuridad de la vida colectiva de sus respectivas nacionalidades o medios en donde actúan.

El relato, pues, de esta vida colectiva, en los aspectos, pasiones, intereses y choques individuales, corresponde a los cronistas. Y es ahí en donde el investigador da, casi siempre, con la clave de los grandes acontecimientos (de que se compone la historia oficial) que yo más bien llamaría, historia conceptual o historia filosófica, por oposición la crónica, "Tradición" o historia empírico intuitiva, dedicada al relato de la vida abjetiva, cotidiana de los individuos que integran el pueblo.

Por consiguiente, no es aventurado sostener que la crónica tiene hondo interés para quienes quieren darse cuenta, no sólo de los grandes hechos históricos,— que muy bien pueden interesarle poco al lector corriente— sino del eterno, móvil y vulgar cañamazo de pasiones, de bajos intereses y de divertidas y candidas mentiras, en que se urde la vida, ya de los héroes, ya de las heroínas y también de la gente corriente o normal.

Aquí que en estas "Tradiciones" de Palma, el lector halla a la vez, entre otras, la muy divertida y edificante titulada "Bolívar y el Cronista Calancha", en la cual se relata la visita del Libertador al Cuzco, en cuya población no hubo funcionario público que no fuera acusado de "algo" ante el Libertador, salvo un señor— Palma no da su nombre— o "animal presupuestivoro", a quien todos los habitantes de la ciudad señalaban como un arquetipo humano, o más propiamente, como un espíritu beatífico: no jugaba, no bebía sino agua, era marido ejemplar, no robaba ni el tiempo en sus labores oficiales, era cristiano viejo, no era godo, apenas si tenía unas tierras, con cuyo producto, unido a su poco sueldo se sostenía, etc., etc., etc.

Bolívar, con su humana perspicacia, no alcanzaba a explicarse aquella virtud, y en verdad que por ello venía todo intrigado psicológicamente.

El día antes de ausentarse de la ciudad, o mejor dicho, a media noche, salió el Libertador de su cuarto con un abultado libro forrado en pergamino y gritando, "medío loco", a su secretario el doctor Estenós:

—Estenós, Estenós! Ya saltó la liebre!

—¿Qué liebre, mi general?—preguntó el buen don Felipe Santiago.

—Lea Ud. lo que dice este fraile, al que declaro desde hoy más sabio que Salomón y los siete de Grecia! Bolíviano había de ser!—añadió con cierta burlona fatuidad.

"Entonces tomó el libro. Era la "Crónica Agustina" escrita en la primera mitad del siglo XVII por fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca.

"El secretario leyó en el infolio: "No es el más infeliz el que na tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren,

valor que la teman, riqueza que le codicien, bienes que le esperan, ni nada bueno que le envidien”.

“Y de una plumada quedó nuestro hombre destituido de su empleo, pues don Simón formuló el siguiente racionio:

—O ese individuo es un intrigante contempORIZADOR, que está bien con el diablo y con la corte celestial, o es un memo, a quien todos manejan a su antojo. En cualquiera de los dos casos no sirve para el servicio, como dice la ordenanza”.

No es esto todo. En esta colección de Tradiciones, hay un derroche de lo que pudiera llamarse filosofía popular, que le viene de perlas hoy, como siempre, a mucha gente necia que anda por ahí molestando al prójimo con sus presunciones y con sus preocupaciones sociales y hasta religiosas, de todo orden.

GABRIEL ESPINOSA.

Caracas: 27 de Diciembre de 1937.

**Bolivar en las Tradiciones Peruanas**

## JUSTICIA DE BOLIVAR

(A RICARDO BUSTAMANTE.)

En junio de 1824 hallábase el ejército libertador escalonado en el departamento de Ancachs, preparándose a emprender las operaciones de la campaña que, en agosto de ese año, dió por resultado la batalla de Junín y cuatro meses más tarde el espléndido triunfo de Ayacucho.

Bolívar residía en Caraz con su Estado Mayor, la caballería que mandaba Necocñeh, la división peruana de La Mar, y los batallones Bogotá, Caracas, Pichincha y Voltijeros, que tan bizarramente se batieron a órdenes del bravo Córdova.

La división de Lara, formada por los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba cuarteles en la ciudad de Huaraz. Era la oficialidad de estos cuerpos un conjunto de jóvenes gallardos y calaveras, que así eran de indómita bravura en las lides de Marte como en las de Venus. A la vez que se alistaban para luchar heroicamente con el aguerrido y numeroso ejército realista, acometían en la vida de guarnición, con no menos arrojo y

ardimiento, a las descendientes de los golosos desterrados del Paraíso.

La oficialidad colombiana era, pues, motivo de zozobra para las muchachas, de congoja para las madres y de cuita para los maridos; porque aquellos malditos militruchos no podían tropezar con un palmito medianamente apetitoso sin decir, como más tarde el valiente Córdova: *Adelante, y paso de vencedor*, y tomarse ciertas familiaridades capaces de dar retortijones al marido menos escamado y quisquilloso. ¡Vaya si eran confiantos los libertadores!

Para ellos estaban abiertas las puertas de todas las casas, y era inútil que alguna se les cerrase, pues tenían siempre su modo de matar pulgas y de entrar en ella como en plaza conquistada. Además, nadie se atrevía a tratarlos con despego: primero, porque estaban de moda; segundo, porque habría sido mucha ingratitud hacer ascos a los que venían desde las márgenes del Cauca y del Apure a ayudarnos a romper el aro y participar de nuestros reveses y de nuestras glorias, y tercero, porque en la *patria vieja* nadie quería sentar plaza de patriota tibio.

Teniendo la división Lara una regular banda de música, los oficiales, que, como hemos dicho, era gente amiga del jolgorio, se dirigían con ella después de la lista de ocho a la casa que en antojo les venía, e improvisaban un baile para el que la dueña de la casa comprometía a sus amigas de la vecindad.

Una señora, a quien llamaremos la señora de Munar, viuda de un acaudalado español, habitaba en una de las casas próximas a la plaza en compañía de dos hijas y de dos sobrinas, muchachas todas en condición de as-

pirar a inmediato casorio, pues eran lindas, ricas, bien endoctrinadas y pertenecientes a la antigua aristocracia del lugar. Tenían lo que entonces se llamaba sal, pimienta, orégano y cominillo; es decir, las cuatro cosas que los que venían de la península buscaban en la mujer americana.

Aunque la señora de Munar, por lealtad sin duda a la memoria de su difunto, era *goda* y *requete goda*, no pudo una noche excusarse de recibir en su salón a los caballeros colombianos, que a son de música manifestaron deseo de armar jarana en el aristocrático hogar.

Por lo que atañe a las muchachas, sabido es que el alma les brinca en el cuerpo cuando se trata de zanzanear a dúo el costalito de tentaciones.

La señora de Munar tragaba saliva a cada piropo que los oficiales endilgaban a las doncellas, y ora daba un pellizco a la sobrina que se descantillaba con una palabrita animadora, o en voz baja llamaba al orden a la hija que prestaba más atención de la que exige la buena crianza a las garatusas de un libertador.

Media noche era ya pasada cuando una de las niñas, cuyos encantos habían sublevado los sentidos del capitán de la cuarta compañía del batallón Vargas, sintióse indispuesta y se retiró a su cuarto. El enamorado y libertino capitán, creyendo burlar al Argos de la madre, fué a buscar el nido de la paloma. Resistíase ésta a las exigencias del Tenorio, que probablemente llevaban camino de pasar de turbio a castaño obscuro, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que el oficial llevaba al cinto y le clavó la hoja en el costado.

Quien así castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia era la anciana señora de Munar.

El capitán se lanzó al salón cubriéndose la herida con las manos. Sus compañeros, de quienes era muy querido, armaron gran estrépito, y después de rodear la casa con soldados y de dejar preso a todo titere con faldas, condujeron al moribundo al cuartel.

Terminaba Bolívar de almorzar cuando tuvo noticia de tamaño escándalo, y en el acto montó a caballo e hizo en poquitas horas el camino de Caraz a Huaraz.

Aquel día se comunicó al ejército la siguiente

#### ORDEN GENERAL

*Su Excelencia el Libertador ha sabido con indignación que la gloriosa bandera de Colombia, cuya custodia encomendó al batallón Vargas, ha sido infamada por los mismos que debieron ser más celosos de su honra y esplendor, y en consecuencia, para ejemplar castigo del delito, dispone:*

*1.º El batallón Vargas ocupará el último número de la línea, y su bandera permanecerá depositada en poder del general en jefe hasta que, por una victoria sobre el enemigo, borre dicho cuerpo la infamia que sobre él ha caído.*

*2.º El cadáver del delincuente será sepultado sin los honores de ordenanza, y la hoja de la espada que Colombia le diera para defensa de la libertad y la moral, se romperá por el furriel en presencia de la compañía.*

Digna del gran Bolívar es tal orden general. Sólo con ella podía conservar su prestigio la causa de la Independencia y retemplarse la disciplina militar.

Sucre, Córdova, Lara y todos los jefes de Colombia se empeñaron con Bolívar para que derogase el artículo en que degradaba al batallón Vargas por culpa de uno de sus oficiales. El Libertador se mantuvo inflexible durante tres días, al cabo de los cuales creyó político ceder. La lección de moralidad estaba dada, y poco significaba ya la substancia del primer artículo.

Vargas borró la mancha de Huaraz con el denuedo que desplegó en Matará y en la batalla de Ayacucho.

Después de sepultado el capitán colombiano, dirigióse Bolívar a casa de la señora de Munar y la dijo:

—Saludo a la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que, en su misma debilidad, supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.

La señora de Munar dejó desde ese instante de ser goda, y contestó con entusiasmo:

—¡Viva el Libertador! ¡Viva la Patria!



## EL CLARIN DE CANTERAC

(A LASTENIA LARRIVA DE LLONA)

Recio batallar el de las caballerías patriota y realista en Junín.

Un solo pistoletazo (que en Junín no se gastó más pólvora) y media hora de esgrimir lanza y sable. Combate de centauros más que de hombres.

Canterac, seguido de su clarín de órdenes, recorría el campo, y el clarín tocaba incesantemente a *degüello*.

Ese clarín parecía tener el don de la ubicuidad. Se le oía desonar en todas partes; era como la simbólica trompeta del juicio final. "A la izquierda, a la derecha, en el centro, a retaguardia, siempre el clarín. Mientras él resonara no era posible la victoria. El clarín español,

Necochea y Miller enviaron algunas mitades en direcciones diversas, sin más encargo que el de hacer enmudecer ese maldecido clarín.

Empeño inútil. El fatídico clarín resonaba sin descanso, y sus ecos eran cada vez más siniestros para la caballería patriota, en cuyas filas empezaba a cundir el desorden.

Necochea, acribillado de heridas, caía del caballo diciendo al capitán Herrán:

—Capitán, déjeme morir; pero acalle antes ese clarín.

Y la caballería realista ganaba terreno, y un sargento, Soto (limeño que murió en 1882 en la clase de comandante), tomaba prisionero a Necochea, poniéndolo a la grupa de su corcel.

Puede escribirse que la derrota estaba consumada. El sol de los incas se eclipsaba y la estrella de Bolívar palidecía.

De pronto cesó de oírse el atronador, el mágico clarín. ¿Qué había pasado?

Un escuadrón peruano de reciente formación, *recluta*, digámoslo así, al que por su impericia había dejado el general relegado, carga bizarramente por su flanco y por retaguardia a los engreídos vencedores y el combate se restablece. Los derrotados se rehacen y vuelven con brío sobre los escuadrones españoles.

El general Necochea se reincorpora.

—¡Victoria por la Patria! —dice al pelotón de soldados realistas que lo conducía prisionero.

—¡Victoria por el Rey! —contesta el sargento Soto.

—¡No! —insiste el bravo argentino—. Ya no se oye el clarín de Canterac, están ustedes derrotados.

Y así era, en efecto. La tornadiza victoria se declaraba por el Perú, y Necochea era rescatado.

—¡Vivan los húsares de Colombia! —gritaba un jefe aproximándose a Bolívar.

—¡La pim... pinela! —contestó el Libertador, que había presenciado los incidentes todos del combate—.

¡Vivan los húsares del Perú!

El capitán Herrán había logrado tomar prisionero al infatigable clarín de Canterac, y en el mismo campo de batalla lo presentaba rendido al general Necochea. Este, irritado aún con el recuerdo de las recientes peripecias ó exasperado por el dolor de las heridas, dijo lacónicamente:

—¡Que lo fusilen!...

—General... —observó Herrán interrumpiéndolo.

—O que se meta a fraile —añadió, como complementando la frase.

—Mi general, me haré fraile —contestó precipitadamente el prisionero.

—¿Me empeñas tu palabra? —insistió Necochea.

—La empeño, mi general.

—Pues estás en libertad. Haz de tu capa un sayo.

Terminada la guerra de Independencia, el clarín de Canterac vistió en Bogotá el hábito de fraile, en el convento de San Diego.

La historia lo conoce con el nombre de *el padre Tena*.

# BOLIVAR Y EL CRONISTA CALANCHA

(A AURELIO GARCIA Y GARCIA)

## I

Después de la batalla de Ayacucho había en el Perú gente que no daba el brazo a torcer, y que todavía abrigaba la esperanza de que el rey Fernando VII mandase de la metrópoli un ejército para someter a la obediencia a sus rebeldes vasallos. La obstinación de Rodil en el Callao y la resistencia de Quintanilla en Chiloé, daban vigor a esta loca creencia del círculo godó; y aun desaparecidos de la escena estos empecinados jefes, hubo en Bolivia, a fines de 1828, un cura Salvatierra y un don Francisco Javier de Aguilera que alzaron bandera por Su Majestad. Verdad es que dejaron los dientes en la tajada.

Lo positivo es que, entre republicanos nuevos y monarquistas añejos había una de no entenderse, y cada cual tiraba de la manta a riesgo de hacerla jirones. No sin razón decía un propietario de aquellos tiempos: —La madre Patria me ha quitado dinero y alhajas, y el pa-

*dre Rey* ganados y granos. No me queda más que el pellejo: ¿quién lo quiere?

Existe en el campo de batalla de Ayacucho una choza o casuca habitada por Sucre el día de la acción. Pocas horas después de alcanzada la victoria, uno de los ayudantes del general puso en la pared esta inscripción:

9 DE DICIEMBRE DE 1824

POSTRER DIA DEL DESPOTISMO

Una semana más tarde se alojaba en la misma choza la marquesita de Mozobamba del Pozo, peruana muy goda, y añadía estas palabras:

Y PRIMERO DE LO MISMO

En el Cuzco, último baluarte del virrey La Serna, había un partido compacto, aunque diminuto, por la causa de España. Componíanlo veinte o treinta familias de sangre azul como el añil, que no podía conformarse con que la República hubiera venido a hacer tabla rasa de pergaminos y privilegios. Y tan cierto es que la política colonial supo poner raya divisoria entre conquistadores y conquistados, que para probarlo me bastará citar el bando que en 17 de julio de 1706 hizo promulgar la Real Audiencia disponiendo que ningún indio, mestizo, ni hombre alguno que no fuera español, pudiese traficar, tener tienda, ni vender géneros por las calles, por no ser decente que se ládeasen con los peninsulares que tenían ese ejercicio, debiendo los primeros ocuparse sólo de oficios mecánicos.

Mientras los patriotas usaban capas de colores oscuros, los recalcitrantes realistas adoptaron capas de

pañó grana; y sus mujeres, dejando para las insurgen-tes el uso de perlas y brillantes, se dieron a lucir zar-tillos o aretes de oro.

Con tal motivo cantaban los patriotas en los bailes populares esta redondilla:

*¡Tanta capa colorada  
y tanto zarcillo de oro!  
Si fuera la vaca honrada  
cuernos no tuviera el toro.*

A la sazón dirigióse al Cuzco el Libertador Bolívar, donde el 26 de junio de 1825 fué recibido con gran pompa, por entre arcos triunfales y pisando alfombras de flores. Veintinueve días permaneció don Simón en la ciudad de los Incas, veintinueve días de bailes, banquetes y fiestas. Para conmemorar la visita de tan ilustre huésped se acuñaron medallas de oro, plata y cobre con el busto del Padre y Libertador de esta patria peruana, tan asenderada después.

Bolívar estaba entonces en la plenitud de su gloria, y he aquí el retrato que de él nos ha legado un concien-zado historiador, y que yo tengo la llaneza de copiar:

“Era el Libertador delgado y de algo menos que regular estatura. Vestía bien, y su aire era franco y militar. Era muy fuerte y atrevido jinete. Aunque sus maneras eran buenas y sin afectación, a primera vista no predisponía mucho en su favor. Sus ojos, negros y penetrantes; pero al hablar no miraba de frente. Nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada. La expresión de su semblante, cautelosa, triste y algunas veces de fiereza. Su carácter, viciado por la adulación, arrogante y caprichoso y con ligera pro-

pensión al insulto. Muy apasionado del bello sexo, pero extremadamente celoso. Tenía gran afición a valsar y era muy ligero, pero bailaba sin gracia. No fumaba ni permitía fumar en su presencia. Nunca se presentaba en público sin gran comitiva y aparato, y era celoso de las formas de etiqueta. - Su actividad era maravillosa, y en su casa vivía siempre leyendo, dictando o hablando. Su lectura favorita era de libros franceses, y de allí vienen los galicismos de su estilo. Hablando bien y fácilmente, le gustaba mucho pronunciar discursos y brindis. Daba grandes convites; pero era muy parco en beber y comer. Muy desinteresado del dinero, era insaciablemente ávido de gloria".

El mariscal Miller, que trató con intimidación a Bolívar, y Llorente y Vicuña Mackenna, que no alcanzaron a conocerlo, dicen que la voz del Libertador era gruesa y áspera. Podría citar el testimonio de muchísimos próceres de la Independencia que aún viven, y que sostienen que la voz del vencedor de España era delgada, y que tenía inflexiones que a veces la asemejaban a un chillido, sobre todo cuando estaba irritado.

El viajero Laffond dice: "Los signos más característicos de Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero, sin embargo que sus maneras eran distinguidas y revelaban haber recibido muy buena educación. Aunque su lenguaje fuese algunas veces grosero, esa grosería era afectada, pues la empleaba para darse un aire más militar".

Casi igual retrato hace el general don Jerónimo Espejo, quien en un interesantísimo libro, publicado en

Buenos Aires en 1873, sobre la entrevista de Guayaquil, refiere, para dar idea de la vanidad de Bolívar, que en uno de los banquetes que se efectuaron entonces dijo el futuro Libertador: "Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y Yo". Francamente, nos parece sospechoso el brindis, y perdone el venerable general Espejo que lo sujetemos a cuarentena. Bolívar pudo ser todo, menos tonto de capirote.

Otro escritor, pintando la arrogancia de Bolívar y su propensión a humillar a los que lo rodeaban, dice que una noche entró el Libertador, acompañado de Monteagudo, en un salón de baile, y que, al quitarse el sombrero, lo pasó para que éste se lo recibiera. El altivo Monteagudo se hizo el remolón, y volviendo la cara hacia el grupo de acompañantes, gritó:

—Un criado que reciba el sombrero de su excelencia.

En cuanto al retrato que de Bolívar hace Pruvonello juzgamos desautorizado y fruto del capricho y de la enemistad política personal.

## II

Pasadas las primeras y más estrepitosas fiestas, quiso Bolívar examinar si los cuzqueños estaban contentos con sus autoridades; y a cuantos lo visitaban pedía informes sobre el carácter, conducta e ideas políticas de los hombres que desempeñaban algún cargo importante.

Como era natural, recibía informes contradictorios. Para unos, tal empleado era patriota, honrado e inteligente; y el mismo, para otros, era godo, pícaro y bruto.

Sin embargo, hubo un animal presupuestivoro (léase empleado) de quien *nemine discrepante* todos, gran-

299  
 D. P. con el...  
 Bolívar 7.

des y chicos, se hacían lenguas para recomendarlo al Libertador.

Maravillado Bolívar de encontrar tal uniformidad de opiniones, llegó a menear la cabeza, murmurando entre dientes:

—¡La pim... pinela! No puede ser.

Y luego, alzando la voz, preguntaba:

—¿Juega?

—Ni a las tabas ni a la brisca, excelentísimo señor

—¿Bebe?

—Agua pura, excelentísimo señor.

—¿Enamora?

—Es marido ejemplar, excelentísimo señor.

—¿Roba?

—Ni el tiempo, excelentísimo señor.

—¿Blasfema?

—Cristiano viejo es, señor excelentísimo, y cumple por cuaresma con el precepto.

—¿Usa capa colorada?

—Más azul que el cielo, excelentísimo señor.

—¿Es rico?

—Heredó unos terrenos y una casa y, ayudado con el sueldecito, pasa la vida a tragos, excelentísimo señor.

Aburrido Bolívar, ponía fin a su interrogatorio lanzando su favorita y ya histórica interjección.

Cuando se despedía el visitante, dirigíase el general a su secretario don Felipe Santiago Estenós.

—¿Qué dice usted de esto, doctorcito?

—Señor que no puede ser —contestaba el hábil secretario—. Un hombre de quien nadie habla mal es más santo que los que hay en los altares.

¡No —insistía don Simón—, pues yo no descanso hasta tropezar con alguien que ponga a ese hombre como nuevo!

Y su excelencia llamaba a otro vecino, y vuelta al diálogo y a oír las mismas respuestas, y torna a despedir al informante y a proferir la interjección consabida.

Así llegó el 25 de julio, víspera del día señalado por Bolívar para continuar su viaje triunfal hasta Potosí, y las autoridades y empleados andaban temerosos de una *pada* o reforma que diese por resultado traslaciones y cesantías.

A media noche salió el Libertador de su cuarto, con un abultado libro forrado en pergamino, y gritando como un loco:

—¡Estenós! ¡Estenós! Ya saltó la liebre.

—¿Qué liebre, mi general? —preguntó aelalado el buen don Felipe Santiago.

—Lea usted lo que dice aquí este fraile, al que declaro desde hoy más sabio que Salomón y los siete de la Grecia. ¡Boliviano había de ser! —añadió con cierta burlona fatuidad.

Estenós tomó el libro. Era la *Crónica Agustina*, escrita en la primera mitad del siglo XVII por fray Antonio de la Calancha, natural de Chuquisaca.

El secretario leyó en el infolio: *No es el más infeliz el que no tiene amigos, sino el que no tiene enemigos; porque eso prueba que no tiene honra que le murmuren, valor que le teman, riqueza que le codicien, bienes que le esperen, ni nada bueno que le envidien.*

Y de una plumada quedó nuestro hombre destituido de su empleo, pues don Simón formuló el siguiente raciocinio:

—O ese individuo es un intrigante contemporizador, que está bien con el diablo y con la corte celestial, o un memo a quien todos manejan a su antojo. En cualquiera de los dos casos no sirve para el servicio, como dice la ordenanza.

En cuanto a los demás empleados, desde el prefecto al portero, no hizo el Libertador alteración alguna.

¿Tuvo razón Bolívar?

Tengo para mí que el agustino Calancha... no era fraile de manga ancha.

## LA REVOLUCION DE LA MEDALLITA

El marqués de Santa Sofía, del Real Secreto y barón de Bobaliche era una copia exacta del niño Goyito, tan espiritualmente pintado por Pardo en su *Espéjito de mi tierra*. Por fortuna, el tipo de esos limeños *cañadidos* de empollar huevos ha desaparecido hasta el punto de que nuestra generación lo juzga inverosímil, no embargante el testimonio de gente que alcanzó a conocer prójimos de esa cría.

Don Chombo (que así lo llamaremos para evitar que, apuntando el verdadero nombre y título, nos armen camorra sus descendientes) seguía en política la bandera del más fuerte.

Cuando en 1821 entró San Martín en Lima, retirándose los realistas a espetaperros, nuestro marqués lo se declaró furioso insurgente, y decía:

—¿Hasta cuándo, pues, querían los chapetones que les durase la mamandurria? ¡No, señor; de una vez salgamos de capa rota y seamos dueños de lo nuestro! ¡Viva la patria y mueran los godos!

Cuando en 1824, perdidos los castillos del Callao y en posesión de ellos Rodil, la anarquía entre rivagüeristas y toretaglistas y una larga serie de contrastes pu-

sieron de mal cariz la causa de la República, se apresuró don Jerónimo a voltear casaca, y frecuentando los círculos realistas, decía muy exaltado:

—¡Qué canejo! ¡No puede tolerarse que estos *negruzcos* de insurgentes vengan con sus manos lavadas a hacer cera y pábilo de lo que pertenece a nuestro amo y señor don Fernando VII, que Dios guarde! ¡Viva el Rey y muera la Patria!

A principios de diciembre de ese año supose vagamente en Lima que el ejército republicano había sufrido un descalabro en Corpahuaco y Matará, noticia que alertó mucho a los realistas de la capital.

Punto de tertulia para éstos era la tienda de Orcacitas, en la calle del Arzobispo.

Allí se arreglaba la suerte del país a qué quiere boca, y se hacían y deshacían reputaciones, y se inventaban y echaban a rodar *bolas* estupendas.

A manos del dueño de la tienda había llegado una medalla de las que, con el busto del monarca, se acuñaron en España para conmemorar el restablecimiento del régimen absoluto, y mostrábala el mercader a sus correligionarios don Valerio Tamarite y don Alejo Chamichumi, cuando acertó a entrar el barón de Bobaliche; y los tres amigos, fingiendo un airecito de sorpresa, se confabularon para hacerlo conculgar con una rueda de molino.

—¡Hola, caballeros! ¿De qué se trata?

—De nada, marqués, de nada.

—¿Cómo de nada? ¿Y lo que han escondido ustedes al entrar yo? Me parece, señor Orcacitas, que soy de fiar, y la justa causa tiene en mí un leal servidor.

—Mire usted, marqués, es que la cosa es muy importante —contestó el tendero.

—Y nos va el pellejo, si los patriotas gulusmean lo que traemos entre manos —agregó Chamichumi.

—Claro como el agua —añadió Tamarite—. El número uno es mucho número y hay que cuidarlo, y los tiempos andan como para no tener confianza ni con el cuello de la camisa.

—¡Pues, hombre! ¡Véngame usted con tapujos, a mí..., al marqués de Santa Sofía del Real Secreto!... ¡No faltaba más! Pues sépase usted, amigo Tamarite, que soy de la logia de Aznapuquio, y que estoy en el intríngulis de las cosas —dijo don Chombo golpeándose el pecho con grotesca fatuidad.

—¡Ah! Si está usted en autos y pertenece a la logia de La Serna y Canterac, no tenemos para qué jugar al escondite —repuso Orcacitas; y sacando la medalla se la enseñó a don Jerónimo.

Este la miró y remiró, la tomó el peso, la golpeó con la uña para oír el sonido metálico, y devolviéndola a su dueño, dijo:

—Plata es. Bien valdrá dos duros. ¿Quiere usted que la juguemos a cara o sello?

—¡Hombre, no hable usted herejías! —interrumpió Tamarite—. Bésela usted para que Dios lo perdone.

—Venga —contestó el marqués—. Nada se pierde con besar, por si es reliquia de algún santo y gana indulgencias.

—No, señor; es más que reliquia —dijo Chamichumi fingiendo indignación.

—¡Bueno! ¡Bueno! No hay que incomodarse, caballeros; que quien peca por ignorancia, venialmente peca.

—Su Majestad —continuó Chamichumi— para recompensar a sus fieles vasallos de Lima ha creado una nueva orden con más privilegios que las de Isabel la Católica, San Hermenegildo y Carlos III, y ha mandado cincuenta medallas con su real imagen para que se distribuyan entre otros tantos del partido.

—¡Cómo es eso! ¿Y de mí no se ha acordado el Rey, cuando soy más godo que cristiano? —exclamó, entre envidioso y picado, el buen marqués.

—¡Hombre, calma y no sulfurarse! ¡Caramba con el geniecito! Las medallas han venido consignadas al conde de San Isidro, y no tiene usted más que hacérsele presente para que en un santiamén lo condecere.

—Pues donde él me voy, antes que por falta de diligencia me vaya a dejar en claro, diciendo que ocurrió tarde y que espere a la otra remesa.

—Eso es, marqués; así, sobre calentito... ¡Pero, por Dios!, guárdenos usted secreto y que nuestros nombres ni suenen ni truenen.

—Pierdan cuidado, caballeros, que mi boca es una alcancía.

Y don Chombo, desempedrando calles, se dirigió a la de Gremios, donde vivía el conde de San Isidro, jefe de una antigua e importante casa de comercio y a la sazón patriota tible, aunque había estampado su garabato en el acta de la jura de la Independencia.

Estaba el señor conde en su escribanía, muy ocupado en confrontar unas cuentas, cuando se presentó el marqués y le dijo:

—Señor conde, aquí estoy porque he venido.

El de San Isidro, que era hombre seriote y de malas puigas, le contestó sin dejar de examinar papeles:

—Pues ha venido usted, señor marqués, sin ser llamado; y haría bien en salir por donde entró, que ahora estoy rodeado de ocupaciones que no admiten espera.

—El servicio del Rey es ante todo, señor mío —repuso Chombito ahuecando la voz—; y sépase usted que estoy inteligenciado del negocio. La prueba es que vengo por la mía.

El conde de San Isidro, que sus razones tenía para andar escamado con la política, dejó la pluma, y poniéndose de pie, balbuceó:

—No entiendo lo que quiere decirme, señor don Chombo.

—Eso es, hágase usted ahora de los del limbo; pero no sabe que tengo muchas agallas. Venga la que el Rey ha mandado, con su correspondiente diploma, y cuente usted con mi silencio, y con que yo y los míos haremos todo lo que de nosotros exija para que el diablo acabe de llevarse a este picaro de Bolívar, que está con el agua hasta el pescuezo.

—¡Vamos, señor marqués, usted ha almorzado fuerte, y que me aspen si comprendo jota de lo que tan sin ton ni son está ensartando!

—¡Hola! ¡Sigue usted negativo y contumaz, como si yo no fuera hombre de guardar un secreto! Pues mire usted lo que hace, señor mío; porque si no me entrea mi medalla, suelto lengua y se lleva el diablo la pipa. Conmigo no juega usted ni nadie, y puede que la torta le cueste un pan, y que Bolívar lo fusile sin

misericordia. ¡Hombre! ¡Estamos frescos! ¡Habrás visto pechuga de la laya!

Y don Chombo salió viendo lucecitas de rabia de casa del de San Isidro, dejando a éste metido en un mar de confusiones y con un susto mayúsculo dentro del cuerpo.

El marquesito fué refiriendo a cuantos encontró por el camino (por supuesto, recomendándoles el secreto) que consignado al conde de San Isidro había enviado Su Majestad el Borbón un cargamento de condecoraciones, y que el zamarro encargado de repartirlas entre los leales se había propuesto hacer *serrucho* con ellas, traicionando el propósito del Monarca.

Con más velocidad que si hubiera venido impresa en la *Gaceta de Madrid*, corrió la especie entre los partidarios de España, y la casa del conde de San Isidro fué jubileo de entradas y salidas de hombres, y hasta de mujeres, que iban a reclamarle la medalla; pues estaban segurísimos de no haber sido olvidados por don Fernando VII el Deseado en la distribución de sus reales mercedes, que debían correr parejas con las llamadas *mercedes enriquecidas* repartidas a manos llenas por el de Trastámara entre los que le ayudaron a derrocar al rey don Pedro y usurparle la corona.

El malaventurado conde, que sin saber cómo se encontraba en un laberinto peligroso, sólo pudo escapar de los pedregleños y del conflicto que proveía refugiándose en una hacienda a cinco leguas de Lima.

Coincidió su repentina ausencia con la fausta noticia de la gran victoria alcanzada por el ejército independiente en Ayacucho; y algunos de los afañosos antes por la medalla, se volvieron al sol naciente, y para con-

graciarse con el Libertador, le denunciaron que el de San Isidro poseía los hilos de un plan diabólico que, si a tiempo no se destruía, pondría infaliblemente la República al borde del abismo.

A ser menos circunspecto Bolívar, habrían ido a chirona todos los acusados como cómplices en el nefando y misterioso proyecto. Por fortuna, el Libertador era hombre de no asustarse con duendes ni musarañas, y fué tan sagaz y hábilmente desenredando la madeja, que a la postre llegó a sacar en limpio que el origen de todo el caramillo estaba en la *candoridad* del marqués de Santa Sofía del Real Secreto y barón de Bobaliche, quien de una hormiga había hecho un elefante.

Desde entonces, siempre que le hablaban a Bolívar de maquinaciones contra el gobierno, contestaba sonriendo:

—¡La pim... pinela! ¿Si será esto como la revolución de la medallita?

## UNA CHANZA DE INOCENTES

Hace pocos días que cayó bajo mis ojos un artículo del escritor boliviano D. C. Balza, en que, a propósito de los chascos a que el 28 de diciembre está expuesto el prójimo que no tiene el calendario en la punta de la uña, refiere la broma que tres lindas chuquisaqueñas le dieron nada menos que al Libertador Bolívar. Sabido es que ese día conmemora la cristiandad la bárbara degollina de los *Inocentes*, cuyo número (según San Juan) subió a la enorme cifra de ciento cuarenta y cuatro mil parvulitos, todos en condición de paladeo o destete.

El *jueves de compadres* y el 28 de diciembre son días en que es lícito pegar un petardo, cuya grosería se disimula por medio de una décima o romancillo.

En el día de Inocentes no sólo se impone contribución al bolsillo, sino que suelen sacarle a un hombre los colores a la cara haciéndole tragar confites de acíbar, beber té salado o mascar buñuelos de algodón. Y aguante usted la rechifla y sonriase al oír en una boca como un azucarillo estas palabras:

Sea constante y corriente  
y quede ejecutoriado.

sin correrse más traslado,  
es usted un... inocente.

Mal de muchos, consuelo de bobos, dice el refrán; y yo digo que los pequeños no debemos rasgar sangre al ser víctimas de chanzas pesadas, cuando los prohombres han tenido que soportarlas, bien que refunfuñando y mordiéndose los labios. Y si no, oigan ustedes lo que cuenta Balza, y que yo referiré como Dios me ayude.

Días llevaba ya de permanencia en Chuquisaca don Simón Bolívar, cuando en la mañana del 28 de diciembre de 1825, y en momentos de sentarse a la mesa, llegó hasta él un indiecito conduciendo una sopera de plata, y le dijo:

—Mis señoritas Calvimontes le envían a su merced este chupe de leche para el almuerzo.

Las señoritas Calvimontes pertenecían a una de las más ricas y aristocráticas familias del país.

Bolívar, que, como es notorio, se pirraba por las hijas de Eva, feas o bonitas, pues sobre este punto era de anchas tragaderas, sonrióse ligeramente y contestó:

—Di a tus patronas que estimo mucho su cariño.

Y volviéndose hacia su ayudante añadió:

—Coronel, déle a este muchacho un par de pesos.

El indiecito se retiró con cara de pascuas, mientras el Libertador y sus comensales daban principio al almuerzo.

Llegó el momento de embestir al *chupe de leche*, y destapada la sopera vióse que el contenido de ella era de imposible masticación. La sopera encerraba una guirnalda de filigrana de plata, adornada con flores de oro. Don Simón dijo entonces:

—Estas Calvimontes son tan lindas como traviesas. Iré luego a visitarlas. Me llenan el ojo más que la guirnalda.

Pero en el fondo de la sobera había una tarjeta, y Bolívar empezó a leerla para sí. A medida que adelantaba en la lectura la fisonomía del Libertador se alteraba, y al terminar estrujó entre sus manos la vitela, lanzando su favorita exclamación:

—¡La pim... pinela!

Bolívar se levantó de la mesa con marcado malhumor y se dispuso, no para hacer una visita a las hechiceras Calvimontes, sino para abandonar la ciudad.

Al retirarse de Chuquisaca mandó devolver la guirnalda a las obsequiosas jóvenes. Véase la tarjeta que exaltó la bilis de don Simón:

#### EPITAFIO

Aquí yace la inocencia  
en un letargo profundo:  
no se la busque en el mundo  
porque perdió la existencia.  
Pasajero, tu presencia  
puede causarle rubor;  
no perturbes el sopor  
de sus generosos manes;  
*auséntate, no profanes  
este tímulo de honor.*

Los dos últimos versos, sobre todo, dice Balza, se le atragantaron a Bolívar y no los pudo pasar. A buen entendedor, con media palabra basta. El Libertador vió en la décima algo que no era chanza de *inocentes angelitos*.

# ENTRE LIBERTADOR Y DICTADOR

(A JULIO HERNANDEZ)

## I

Estando de sobremesa el Libertador Bolívar en Chuquisaca, allá por los años de 1825, versó la conversación sobre las excentricidades del doctor Francia, el temerario dictador del Paraguay.

Lo que algunos comensales referían sobre aquel sombrío tirano, que se asemejaba a Luis XI en lo de tener por favorito a su barbero Bejarano, despertó en el más alto grado la curiosidad de Bolívar.

—Señores— dijo el Libertador,— daré un ascenso al oficial que se anime a llevar una carta mía para el gobernador del Paraguay, entregará en propia mano y traerme la respuesta.

El capitán Ruiz se puso de pie y contestó:

—Estoy a las órdenes de vuestreza.

## II

Al día siguiente, acompañado de una escolta de veinticinco soldados, emprendió Ruiz el camino de Tarija pa-

ra atravesar el Chaco. Después de un largo mes de fatigas llegaron a Candelaria en el alto Paraguay, donde existía una guardia fronteriza que desarmó a la escolta, sin permitirle pasar adelante. El oficial paraguayo, custodio de la frontera, envió inmediatamente un *chasqui* al Gobierno con el aviso de lo que ocurría.

Francia le mandó instrucciones y el capitán Ruiz, acompañado de dos jinetes paraguayos que no hablaban español, sino *guaraní*, continuó viaje hasta la Asunción, sin que en el tránsito se le dejara comunicar con nadie.

Pasó Ruiz por algunas calles de la capital hasta llegar al palacio del dictador, donde sin permitirle apearse del caballo, tuvo que entregar al oficial de guardia el pliego de que era conductor.

Una hora después salió éste y dió a Ruiz una carta sellada y lacrada que contenía la respuesta del dictador a Bolívar, y el sobre del oficio, con estas palabras de letra del autócrata paraguayo:

Llegó a las doce.—Despachado a la una, con oficio.—FRANCIA.

### III

El capitán volvió grupa, escoltado por los dos vigilantes paraguayos que no se apartaron un minuto de su lado hasta llegar a Candelaria, donde lo esperaban los veinticinco hombres de su escolta.

Después de mil contratiempos, naturales a camino tan penoso como el del desierto Chaco, puso Ruiz en manos del Libertador la ansiada correspondencia, y obtuvo el ascenso leal y honrosamente merecido.

Los compañeros de armas de Ruiz acudieron presurosos a su alojamiento, esperando oír de su boca descrip-

ciones pintorescas del país paraguayo y estupendos informes sobre la persona del enigmático dictador.

—¿Qué ha visto por allá, compañero?

—Arboles, arroyos y dos soldados que me custodiaban.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Qué ha oído en ese pueblo? ¿Qué se dice de nosotros?

—No he oído más que el zumbir del viento; con nadie he hablado; sólo mis dos guardianes hablaban; y como lo hacían en guaraní no les comprendí jota.

—¿Y Francia? ¿Qué tal se portó con usted? ¿Es bajo? ¿Es alto? ¿Es feo? ¿Es buen mozo? En fin, díganos algo.

—Qué les he de decir, si yo no he conocido al dictador, ni he pasado del patio de su casa, ni visto de la ciudad sino cuatro o cinco calles, y eso al galope, más tristes que un cementerio?

El despotismo extravagante del doctor Francia estuvo más arriba que la curiosidad burlesca del Libertador.

#### IV

La biografía del dictador paraguayo y las vagas noticias que de las atrocidades que ejecutó han llegado hasta nosotros los peruanos dan a ese personaje y a su pueblo un no sé qué de inverosímil y fabuloso. El libro del médico suizo Rengger, el del literato español don Ildefonso Bermejo, el del inglés Robertson y el opúsculo del argentino don Pedro Somellera, enemigo político y personal del doctor Francia, eran cuanto medianamente autorizado podíamos consultar para formarnos concepto

del Paraguay y del régimen dictatorial que, a poco de la caída en 1811 del gobernador español don Bernardo Velasco, implantara un doctor de Teología.

Realizada la Independencia del Paraguay, se confirió el gobierno del país a dos cónsules: el comandante don Fulgencio Yegros, que se sentaba en un cómodo sillón de baqueta llamado la *curul de Pompeyo*, y el doctor don Gaspar Rodríguez Francia, que ocupaba la *curul de César*.

En 1814 César echó la zancadilla a Pompeyo, y se erigió dictador.

"Desde ese momento— dicen sus imparciales biógrafos Rengger y Longchamp— Francia cambió de vida, abandonando por completo el juego y las mujeres, y ostentando, hasta la muerte, la mayor austeridad de costumbres en su existencia doméstica."

En los primeros años de su gobierno, el dictador profesaba la doctrina de la inviolabilidad de la vida humana: no levantaba cadalsos, pero aplicaba el tormento a sus enemigos, y hacía ostentación de refinada crueldad. Pidió un preso que se le mandase cambiar de grillos, y Francia contestó:

—Si quiere esa comodidad, que se los haga fabricar y que le cuesten su plata.

Corriendo los tiempos, rara fué la semana que por lo menos no decretara un fusilamiento.

Llama la atención que, habiéndose Francia educado para sacerdote, hubiera estimado en poco a la gente de iglesia, si bien la mayoría de ésta, en el Paraguay, era corrompidísima. El prior de los dominicos se jactaba de ser padre de veintidós hijos; y eso tuvo en cuenta el mandatario para decretar la secularización de los frailes,

y aun para pretender la abolición del celibato sacerdotal. A dos religiosos que en el púlpito se ocuparon de política les mandó rapar la cabeza y los puso a vergüenza pública vestidos con una hopalanda amarilla.

Un cura procesó a una mujer acusada de bruja, proceso que desaprobó el doctor Francia, diciendo:

—¡Véase para lo que sirven los sacerdotes y la religión! ¡Para hacer creer a las gentes en el diablo más que en Dios!

Desde ese día Francia se declaró jefe de la Iglesia, nombraba y destitula párrocos y prohibió procesiones, dejando subsistente sólo la del Corpus.

—Si el Papa viniera al Paraguay puede ser que lo nombrara mi capellán; pero bien se está él en Roma, y yo en la Asunción— decía don Gaspar, familiarmente, a su barbero Bejarano y a su médico Estigarribia.

Hasta 1820, Francia oía misa los domingos y días de obligatorio precepto; pero en ese año dió de baja a su capellán, y no volvió a entrar en los templos. El comandante de una nueva fortaleza le pidió permiso para poner ésta bajo la advocación de un santo.

—¡Idiota!—le interrumpió el dictador.—Para guardar las fronteras los mejores santos son los cañones.

A los poco europeos que llegaban a la Asunción sabía decirles:

—Haced aquí lo que gustéis, profesad la religión que os acomode, nadie os inquietará; pero estad prevenidos, que os va el pellejo si os mezcláis en las cosas del gobierno.

Y efectivamente, envió a la eternidad a no pocos de esos aventureros que se meten a patriotas en patria ajena. Sólo por esto querría yo un Francia en el Perú, har-

to como estoy de ver a gente de *extranjis* tomar, cartas y doblar baza en juego en que debieran hacer, a lo sumo, papel de *mirones*. Esto de que un hereje quiera ser más papista que el papa... no está en mi mano... ¡Vamos!.. me carga, se me estomaga y me hace vomitar bilis.

Como los cuáqueros, el doctor Francia daba a todos el tratamiento de tú; pero desgraciado de aquel que, por distracción, dejase de decirle *excelentísimo señor*.

Por fin, para dar una idea del terrorífico respeto que inspiró a su pueblo, bástenos copiar las palabras que dirigió un día a un centinela que había tolerado a una mujer que mirase por una ventana los muebles de una de las habitaciones de palacio.

—Si alguno de los que pasan por la calle se detuviere fijándose en la fachada de mi casa, haz fuego sobre él; si le yerras, haz otro tiro, y si todavía le yerras, ten por seguro que mi pistola no ha de errarte.

Así, cuantos pasaban por el fatídico antro de la fierra lo hacían bajando los ojos al suelo.

El 20 de setiembre de 1840, a la edad de ochenta y seis años, terminó la existencia de ese déspota verdaderamente fenomenal.

• A los que deseen conocer con más amplitud el tipo caracterizado por el doctor Francia les recomendamos la lectura del libro recientemente escrito por el ilustrado médico bonaerense Ramos Mejía, titulado *las Neurosis célebres*.

## V

La nota del Libertador Bolívar al tirano Francia se limitaba a proponerle que sacase al Paraguay del aislamiento con el resto del mundo civilizado, enviando y

recibiendo agentes diplomáticos y consulares. La contestación, de que fué conductor el capitán Ruiz, no puede ser más original, empezando por el título de *Patricio* que da al general Bolívar. Hela aquí, tal como apareció en un periódico del año 1826:

*Patricio:* Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos han manifestado a este Gobierno iguales deseos a los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapia y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de olivo el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y en cuanto pueda no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al frente de su Gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la justicia para hacer respetar tan sanos fines. Y si Colombia me ayudase, me daría un día de placer y repartiría con el mayor agrado mis esfuerzos entre sus buenos hijos, cuya vida deseo que Dios Nuestro Señor guarde por muchos años.—Asunción, 23 de agosto de 1825.—*Gaspar Rodríguez de Francia.*

Bolívar leyó y releyó para sí, sonrióse al ver que el suscriptor lo desbautizaba llamándole *Patricio* en vez de *Simón*, y pasando la carta a su secretario Estenós, murmuró:

—¡La pim... pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!

# LA PROTECTORA Y LA LIBERTADORA

(MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS)

## I

### DOÑA ROSA CAMPUSANO

Tendría, yo el tradicionalista, de trece a catorce años, y era alumno en un colegio de instrucción preparatoria.

Entre mis condiscípulos había un niño de la misma edad, hijo único de don Juan Weniger, propietario de dos valiosos almacenes de calzado en la calle de Plateros de San Agustín. Alejandro, que así se llamaba mi colega, excelente muchacho que, corriendo los tiempos, murió en la clase de capitán en una de nuestras desastrosas batallas civiles, simpatizaba mucho conmigo, y en los días festivos acostumbrábamos *mataperrear* juntos.

Alejandro era alumno interno y pasaba los domingos en casa de su padre, alemán huraño de carácter, y en cuyo domicilio, al que yo iba con frecuencia en busca

del compañero, nunca vi ni sombra de faldas. En mi concepto, Alejandro era huérfano de madre.

Como en ningún colegio faltan espíritus precoces para la maledicencia, en una de esas frecuentes contiendas escolares trabóse Alejandro de palabras con otro chico, y éste, con aire de quien lanza abrumadora injuria, le gritó:

—¡Cállate, *protector!*

Alejandro, que era algo vigoroso, selló la boca de su adversario con tan rudo puñetazo, que le rompió un diente.

Confieso que, en mi frivolidad semi-infantil, no paré mientes en la palabra ni la estimé injuriosa. Verdad también que yo ignoraba su significación y alcance, y aun sospecho que a la mayoría de mis compañeros les pasó lo mismo.

—¡Protector! ¡Protector! —murmurábamos. Por qué se habrá *afarolado* tanto este muchacho?

La verdad era que por tal palabrita ninguno de nosotros habría hecho escupir sangre a un colega. En fin, cada cual tiene el genio que Dios le ha dado.

Una tarde me dijo Alejandro:

—Ven, quiero presentarte a mi madre.

Y en efecto. Me condujo a los altos del edificio en que está situada la Biblioteca Nacional, y cuyo director, que lo era por entonces el ilustre Vigil, concedía habitación gratuita a tres o cuatro familias que habían venido a menos.

En un departamento compuesto de dos cuartos vivía la madre de mi amigo. Era ella una señora que frisaba en los cincuenta, de muy simpática fisonomía, delgada, de mediana estatura, color casi alabastrino,

ojos azules y expresivos, boca pequeña y mano delicada. Veinte años atrás debió haber sido mujer seductora por su belleza y gracia y trabucado el seso a muchos varones en ejercicio de su varonía.

Se apoyaba para andar en una muleta con pretensiones de bastón. Rengueaba ligeramente.

Su conversación era entretenida y no escasa de chistes limeños, si bien a veces me parecía presuntuosa por lo de rebuscar palabras cultas.

Tal era en 1846 ó 47, años en que la conocí, la mujer que en la crónica casera de la época de la Independencia fué bautizada con el apodo de la *Protectora*, y cuya monografía voy a hacer a la ligera.

\* \* \*

Rosita Campusano nació en Guayaquil en 1798. Aunque hija de familia que ocupaba modesta posición, sus padres se esmeraron en educarla, y a los quince años ballaba como una almea de Oriente, cantaba como una sirena y tocaba en el clavecín y en la vihuela todas las canciones del repertorio musical a la moda. Con estos atractivos, unidos al de su personal belleza y juventud, es claro que el número de sus enamorados tenía que ser como el de las estrellas: infinito.

La niña era ambiciosa y soñadora, con lo que está dicho que después de cumplidas las dieciocho primaveras prefirió, a ser la esposa de un hombre pobre de fortuna que la amase con todo el amor del alma, ser la querida de un hombre opulento que, por vanidad, la estimase como valiosa joya. No quiso lucir percal y una flor en el peinado, sino vestir seda y terciopelo y deslumbrar con diadema de perlas y brillantes.

En 1817 llegó a Lima la Rosita en compañía de su amante, acaudalado español que barbeaba medio siglo, y cuyo goce era rodear su querida de todos los esplendores del lujo y satisfacer sus caprichos y fantasías.

En breve los elegantes salones de la Campusano, en la calle de San Marcelo, fueron el centro de la juventud dorada. Los condes de la Vega del Ren y de San Juan de Lurigancho, el marqués de Villafuerte, el vizconde de San Donás y otros títulos partidarios de la revolución; Boqui, el caraqueño Cortínez, Sánchez Carrión, Mariátegui y muchos caracterizados conspiradores en favor de la causa de la Independencia formaban la tertulia de Rosita, que, con el entusiasmo febril con que las mujeres se apasionan de toda idea grandiosa, se hizo ardiente partidaria de la *patria*.

Desde que San Martín desembarcó en Pisco, doña Rosa, que a la sazón tenía por amante oficial al general don Domingo Tristán, estableció activa correspondencia con el egregio argentino. Tristán y La Mar, que era otro de los apasionados de la gentil dama, servían aún bajo la bandera del rey, y acaso tuvieron en presencia de la joven expansiones políticas que ella explotara en provecho de la causa de sus simpatías. Decíase también que el virrey La Serna quemaba el incienso del galanteo ante la linda guayaquileña y que no pocos secretos planes de los realistas pasaron así desde la casa de doña Rosa hasta el campamento de los patriotas en Huaura.

Don Tomás Heres, prestigioso capitán del batallón Numancia, instado por dos de sus amigos, sacerdotes oratorios, para afiliarse en la buena causa, se manifestaba irresoluto. Los encantos de doña Rosa acabaron

de decidirlo, y el Numancia, fuerte de 900 plazas, pasó a incorporarse entre las tropas republicanas. La causa de España en el Perú quedó desde ese momento herida de muerte.

En una revolución que, a principios de 1821, debió encabezar en la fortaleza del Callao el comandante del batallón Cantabria don Juan Santalla, fué doña Rosa la encargada de poner a este jefe en relación con los patriotas. Pero Santalla, que era un barbarote de tan hercúleo vigor que con sólo tres dedos doblaba un peso fuerte, se arrepintió en el momento preciso y rompió con sus amigos, poniendo la trama en conocimiento del virrey, si bien tuvo la hidalguía de no denunciar a ninguno de los complicados.

San Martín, antagónico en esto a su ministro Montegudo y al Libertador Bolívar, no dió en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo. Jamás se le vió en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse, y la heroína quedó bautizada con el sobrenombre de la *Protectora*. Organizada ya la Orden del Sol, San Martín, por decreto de 11 de enero de 1822, creó ciento doce *caballerías* seculares y treinta y dos *caballerías* monjas, escogidas entre las más notables de los trece monasterios de Lima. Entre las primeras se encontraron las condesas de San Isidro y de la Vega y las marquesas de Torre-Tagle, Casa-Boza, Castellón y Casa-Muñoz.

El viajero Stevenson, que fué secretario de lord Cochrane y que como tal participaba del encono de su jefe contra San Martín, critica en el tomo III de su curiosa y entretenida obra, impresa en Londres en 1829,

*Historical and descriptive narrative of twenty years residence in South América*, que el protector hubiera investido a su favorita la Campusano con la banda bicolor (blanco y rojo), distintivo de las *caballeresas*. Esta banda llevaba en letras de oro la inscripción siguiente: *Al patriotismo de las más sensibles*. Parece que en los albores de la Independencia la *sensiblería* estuvo muy a la moda.

Sin discurrir sobre la conveniencia o inconveniencia de la creación de una Orden antidemocrática, y atendiendo únicamente al hecho, encuentro injusta la crítica de Stevenson. Es seguro que a ninguna otra de las *caballeresas* debió la causa libertadora servicios de tanta magnitud como los prestados por doña Rosa. En la hora de la recompensa y de los honores no era lícito agraviarla con ingrato olvido.

Con el alejamiento de San Martín de la vida pública se eclipsa también la estrella de doña Rosa Campusano. Con Bolívar debía lucir otro astro femenino.

Posteriormente, y cuando los años, y acaso las decepciones, habían marchitado a la mujer y traídola a condición estrecha de recursos para la vida, el Congreso del Perú asignó a la *caballeresa* de la Orden del Sol una modesta pensión.

La *Protectora* murió en Lima por los años de 1858 a 1860.

## II

### DOÑA MANUELA SAENZ

El puerto de Paíta, por los años de 1856, en que era yo contador a bordo de la corbeta de guerra *Loa*,

no era, con toda la mansedumbre de su bahía y excelentes condiciones sanitarias, muy halagüeña estación naval para los oficiales de marina. La sociedad de familias con quienes relacionarse decorosamente era reducidísima. En cambio, para el burdo marinero, Paíta, con su barrio de *Mainlope*, habitado una puerta sí y otra también por proveedoras de hospitalidad (barata por el momento, pero carísima después por las consecuencias), era otro paraíso de Mahoma, complementado con los nauseabundos guisotes de la fonda o cocinera de don José Chepito, personaje de inmortal renombre en Paíta.

De mí sé decir que rara vez desembarcaba, prefiriendo permanecer a bordo entretenido con un libro o con la charla jovial de mis camaradas de nave.

Una tarde en unión de un joven francés dependiente del comercio, paseaba por calles que eran verdaderos arenales. Mi compañero se detuvo a inmediaciones de la iglesia y me dijo:

—¿Quiere usted, don Ricardo, conocer lo mejorcito que hay en Paíta? Me encargo de presentarlo y le aseguro que será bien recibido.

Ocurrióme que se trataba de hacerme conocer alguna linda muchacha; y como a los veintitrés años el alma es retozona y el cuerpo pide jarana, contesté sin vacilar:

—A lo que estamos, benedicamos, franchute. Andar y no tropezar.

—Pues *en route, mon cher*.

Avanzamos media cuadra de camino, y mi *cicerone* se detuvo a la puerta de una casita de humilde apariencia. Los muebles de la sala no desdecían en pobreza.

Un ancho sillón de cuero con rodaje y manizuela, y vecino a éste un escaño de roble con cojines forrados en lienzo; gran mesa cuadrada en el centro; una docena de sillecitas de estera, de las que algunas pedían inmediato reemplazo; en un extremo, tosco armario con platos y útiles de comedor, y en el opuesto una cómoda hamaca de Guayaquil.

En el sillón de ruedas, y con la majestad de una reina sobre su trono, estaba una anciana que me pareció representar sesenta años a lo sumo. Vestía pobremente, pero con aseo, y bien se adivinaba que ese cuerpo había usado en mejores tiempos gro, raso y terciopelo.

Era una señora abundante de carnes, ojos negros y animadísimo, en los que parecía reconcentrado el resto de fuego vital que aun le quedara, cara redonda y mano aristocrática.

—Mi señora doña Manuela —dijo mi acompañante—, presento a usted este joven, marino y poeta, porque sé que tendrá usted gusto en hablar con él de versos.

—Sea usted, señor poeta, bien venido a esta su pobre casa —contestó la anciana, dirigiéndose a mí con un tono tal de distinción que me hizo sentir a la dama que había vivido en alta esfera social.

Y con ademán lleno de cortesana naturalidad, me brindó asiento.

Nuestra conversación en esa tarde fué estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva.

Su palabra era fácil, correcta y nada presuntuosa, dominando en ella la ironía.

Desde aquella tarde encontré en Paíta un atractivo, y nunca fui a tierra sin pasar una horita de sabrosa plática con doña Manuela Sáenz. Recuerdo también que casi siempre me agasajaba con dulces, hechos por ella misma en un braserito de hierro que hacía colocar cerca del sillón.

La pobre señora hacía muchos años que se encontraba tullida. Una fiel criada la vestía y la desnudaba, la sentaba en el sillón de ruedas y la conducía a la salita.

Cuando yo llevaba la conversación al terreno de las reminiscencias históricas; cuando pretendía obtener de doña Manuela confidencias sobre Bolívar y Sucre, San Martín y Monteagudo, u otros personajes a quienes ella había conocido y tratado con llaneza, rehuía hábilmente la respuesta. No eran de su agrado las miradas retrospectivas, y aun sospecho que obedecía a calculado propósito el evitar toda charla sobre el pasado.

Desde que doña Manuela se estableció en Paíta, lo que fué en 1850, si la memoria no me es ingrata, cuanto viajero de alguna ilustración o importancia pasaba en los vapores, bien con rumbo a Europa o con procedencia de ella, desembarcaba atraído por el deseo de conocer a la dama que logró encadenar a Bolívar. Al principio doña Manuela recibió con agrado las visitas; pero comprendiendo en breve que era objeto de curiosidades impertinentes, resolvió admitir únicamente a personas que le fueren presentadas por sus amigos íntimos del vecindario.

Esbozemos ahora la biografía de nuestra amiga.

Doña Manuela Sáenz, perteneciente a familia de holgada posición, nació en Quito en las postrimerias del pasado siglo, y se educó en un convento de monjas de su ciudad natal. Era, en dos o tres años, mayor que su compatriota la guayaquileña Campusano. En 1817 contrajo matrimonio con don Jaime Thorne, médico inglés que pocos años más tarde vino a residir en Lima, acompañado de su esposa.

No podré precisar la fecha en que, rota la armonía del matrimonio por motivos que no me he empeñado en averiguar, regresó doña Manuela a Quito; pero debió ser a fines de 1822, pues entre las ciento doce *caballeresas* de la Orden del Sol figura la señora Sáenz de Thorne, que indudablemente fué una de las más exaltadas patriotas.

Después de la victoria de Pichincha, alcanzada por Sucre en mayo del 22, llegó el Libertador a Quito, y en esa época principiaron sus relaciones amorosas con la bella Manuelita, única mujer que, después de poseída, logró ejercer imperio sobre el sensual y voluble Bolívar.

Durante el primer año de permanencia del Libertador en el Perú, la Sáenz quedó en el Ecuador entregada por completo a la política. Fué entonces cuando, lanza en ristre y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocó un motín en la plaza y calles de Quito.

Poco antes de la batalla de Ayacucho se reunió doña Manuela con el Libertador, que se encontraba en Huaura.

Todos los generales del ejército, sin excluir a Sucre, y los hombres más prominentes de la época tributaban a la Sáenz las mismas atenciones que habrían acordado a la esposa legítima del Libertador. Las se-

horas únicamente eran esquivas para con la favorita, y ésta, por su parte, nada hacía para conquistarse simpática benevolencia entre los seres de su sexo.

Al regresar Bolívar a Colombia quedó en Lima doña Manuela; pero cuando estalló en la división colombiana la revolución encabezada por Bustamente contra la Vitalicia de Bolívar, revolución que halló eco en el Perú entero, la Sacnz penetró disfrazada de hombre en uno de los cuarteles con el propósito de reaccionar un batallón. Frustrado su intento, el nuevo Gobierno la intimó que se alejase del país, y doña Manuela se puso en viaje hasta juntarse con Bolívar en Bogotá. Allí Bolívar y su favorita llevaron vida íntima, vida enteramente conyugal, y la sociedad bogotana tuvo que hacerse de la vista gorda ante tamaño escándalo. La dama quiteña habitaba en el Palacio de Gobierno con su amante.

La Providencia reservaba a la Sáenz el papel de salvadora de la vida del Libertador, pues la noche en que los septembristas invadieron el palacio, doña Manuela obligó a Bolívar a descollarse por un balcón, y viéndolo ya salvo en la calle se encaró con los ascensos, deteniéndolos y extraviándolos en sus pesquisas para ganar tiempo y que su amante se alejase del lugar del conflicto (1).

---

(1) "Nos salió al encuentro (escribe don Florentino González, uno de los jefes de la conjuración) una hermosa señora, con una espada en la mano, y con admirable presencia de ánimo nos preguntó qué queríamos. Uno de los nuestros profirió algunas amenazas contra aquella señora, y yo me opuse a que las realizara".

Corazón altamente generoso, obtuvo doña Manuela que Bolívar conmutase en destierro la pena de muerte que el Consejo de guerra había impuesto, entre otros de los revolucionarios, a dos que fueron los que más ultrajes la prodigaron. Bolívar se resistía a complacerla; pero su amada insistió enérgicamente y dos existencias fueron perdonadas. ¡Nunca una favorita pudo emplear mejor su influencia para practicar acción más noble!

Muchos años después de la muerte de Bolívar, acaecida en diciembre de 1830, el Congreso del Perú (y entiendo que también uno de los tres Gobiernos de la antigua Colombia) asignó pensión vitalicia a *la Libertadora*, apodo con que hasta en la historia contemporánea es conocida doña Manuela. Algo más. En su vejez no se ofendía de que así la llamasen, y en diversas ocasiones vi llegar a su casa personas que, como quien hace la más natural y sencilla de las preguntas, dijeron: —¿Vive aquí *la Libertadora*? Doña Manuela sonreía ligeramente y contestaba:—Pase usted. ¿Qué quiere con *la Libertadora*?

¿Qué motivos tuvo la amada de Bolívar para venir a establecerse y a morir en uno de los, por entonces, más tristes lugarejos del Perú? La pobre baldada me dijo, un día en que aventuré la pregunta, que había elegido Paita por consejo de un médico, quien juzgaba que con baños de arena recobrarían los nervios de la enferma la flexibilidad perdida. Alguien ha escrito que por orgullo no quiso doña Manuela volver a habitar en las grandes ciudades, donde había sido admirada como astro esplendoroso: temía exponerse a vengativos desdenes.

Cuando vino doña Manuela a residir en Paita, ya su esposo, el doctor don Jaime Thorne, había muerto, y de

mala manera. Thorne, asociado con un señor Escobar, trabajaba en la hacienda de Husyto, sobre cuya propiedad mantuvo ruidoso litigio con el coronel don Justo Hercelles, que alegaba también derechos al fundo, como parte de su herencia materna. Una tarde de 1840 ó 1841, en que Thorne, de bracero con una buena moza, que lo consolaba probablemente de las ya rancias infidelidades de doña Manuela, paseaba por uno de los callejones de la hacienda, se echaron sobre él tres enmascarados y le dieron muerte a puñaladas. La voz pública (que con frecuencia se equivoca) acusó a Hercelles de haber armado el brazo de los incógnitos asesinos. También Hercelles concluyó trágicamente uno o dos años más tarde, pues, caudillo de una revolución contra el Gobierno del presidente general Vidal, fué fusilado en Huaraz.

## III

## "LA PROTECTORA" Y LA "LIBERTADORA"

Yo, que tuve la buena suerte de conocer y tratar a la favorita de San Martín y a la favorita de Bolívar, puedo establecer cardinales diferencias entre ambas. Física y moralmente eran tipos contrapuestos.

En la Campusano ví a la mujer con toda la delicadeza de sentimientos y debilidades propias de su sexo. En el corazón de Rosa había un depósito de lágrimas y de afectos tiernos, y Dios le concedió hasta el goce de la maternidad, que negó a la Sáenz.

Doña Manuela era una equivocación de la Naturaleza, que en formas esculturalmente femeninas encarnó espíritu y aspiraciones varoniles. No sabía llorar, sino encolerizarse como los hombres de carácter duro.

La *Protectora* amaba el hogar y la vida muelle de la ciudad, y la *Libertadora* se encontraba como en su centro en medio de la turbulencia de los cuarteles y del campamento. La primera nunca paseó sino en calesa. A la otra se la vió en las calles de Quito y en las de Lima cabalgada manera de hombre en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dolmán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca.

La Sáenz renunciaba a su sexo, mientras la Campusano se enorgullecía de ser mujer. Esta se preocupaba de la moda en el traje y la otra vestía al gusto de la costurera. Doña Manuela usó siempre dos anillos de oro o de coral por pendientes, y la Campusano deslumbraba por la profusión de pedrería fina.

La primera, educada por monjas y en la austeridad de un claustro, era librepensadora. La segunda, que pasó su infancia en medio de la agitación social, era devota creyente.

Aquella dominaba sus nervios, conservándose serena y enérgica en medio de las balas y al frente de lanzas y espadas tintas en sangre o del afilado puñal de los asesinos. Esta sabía desmayarse o *disforzarse*, como todos esos seres preciosos y engreídos que estilan vestirse por la cabeza, ante el graznar fatídico del buho o la carrera de austadizo ratoncillo.

La Campusano perfumaba su pañuelo con los más exquisitos extractos ingleses. La otra usaba la hombruna agua de verbena.

Hasta en sus gustos literarios había completa oposición.

Cuando se restableció el absolutismo y con él la Inquisición, porque turbas estúpidas y embriagadas rodeaban en Madrid la carroza en que se pavoneaba Fernando VII a los gritos de *¡viva el rey!*, *¡vivan las cadenas!*, y el monarca, con aire socarrón, les contestaba: —¿Queréis cadenas, hijitos? Pues tranquilizaos, que se os complacerá a pedir de boca— el nombre de doña Rosa Campusano figuró en el registro secreto del Santo Oficio de Lima por lectora de *Eloísa* y *Abelardo* y de libritos pornográficos. Lluvia de librecitos tales hubo en Lima por aquel año, y precisamente la persecución que los padres de familia emprendieron para que aquéllos no se introdujesen en el hogar, hizo que hasta las mojigatas se diesen un buen atracón de lectura para tener algo que contarle al fralle confesor en la Cuaresma.

El galante Arriaza y el dulcísimo Meléndez eran los poetas de Rosita.

¡Qué contraste con las aficiones de doña Manuela! Esta leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la Península en el padre Mariana y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes, y para ella no había poetas más allá de Cienfuegos, Quintana y Omedo. Se sabía de coro el *Canto a Junin* y parlamentos enteros del *Pelayo*, y sus ojos, un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Salmos* por el peruano Valdés. Doña Manuela empezaba a tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalista iban evaporándose.

Decididamente, Rosa Campusano era toda una mujer, y sin escrúpulo, a haber sido yo joven en sus días de gentileza, me habría inscrito en la lista de sus enamorados... platónicos. La Sáenz, aun en los tiempos en que era una hermosura, no me habría inspirado sino el respetuoso sentimiento de amistad que la profesé en su vejez.

La Campusano fué la mujer-mujer.

La Sáenz fué la mujer-hombre.

## LA VIEJA DE BOLIVAR

Con este apodo se conoce hasta hoy (julio de 1898) en la villa de Huaylas, departamento de Ancachs, a una anciana de noventa y dos navidades, y que a juzgar por sus buenas condiciones físicas e intelectuales promete no arriar bandera en la batalla de la vida sino después de que el siglo XX haya principido a hacer pinicos. Que Dios la acuerde la realidad de la promesa, y después ábrase el hoyo, ya que

*todo, todo en la tierra  
tiene descanso;  
todo... hasta las campanas  
el Viernes Santo (1).*

• • •

Manolita Madroña era en 1824 un fresquisimo y lindo pimpollo de dieciocho primaveras, pimpollo muy

---

(1) El 12 de julio escribí este artículo y, ¡curiosa coincidencia!, en este mismo día falleció la nonagenaria protagonista, como si se hubiera propuesto desairar mi buen deseo.

codiciado, así por los tenorios de mazaquera o mozalbetes, como por los hombres graves. La doncellita pagaba a todos con desdeñosas sonrisas, porque tenía la intuición de que no estaba predestinada para hacer las delicias de ningún pobre diablo de su tierra, así fuese buen mozo y millonario.

En una mañana del mes de mayo de aquel año hizo Bolívar su entrada oficial en Huaylas, y ya se imaginará el lector toda la solemnidad del recibimiento y lo inmenso del popular regocijo. El Cabildo, que pródigo estuvo en fiestas y agasajos, decidió ofrecer al Libertador una corona de flores, la cual le sería presentada por la muchacha más bella y distinguida del pueblo; claro está que Manolita fué la designada, como que por su hermosura y lo despejado de su espíritu era lo mejor en punto a hijas de Eva.

A don Simón Bolívar, que era golosillo por la fruta vedada del Paraíso, hubo de parecerle Manolita *bocato di cardinale*, y a la fantástica niña antojósele también pensar que era el Libertador el hombre ideal por ella soñado. Dicho queda con esto que no pasaron cuarenta y ocho horas sin que los enamorados ofrendasen a la diosa Venus.

Si el fósforo da candela,  
¿qué dará la fosforera!

Y sea dicho en encomio del voluble Bolívar, que desde ese día hasta fines de noviembre, en que se alejó del departamento, no cometió la más pequeña infidelidad al amor de la abnegada y entusiasta serrana que lo acompañó, como valiosa y necesaria prenda anexa al equipaje, en sus excursiones por territorio de Ancachs. y aun

lo siguió al glorioso campo de Junín, regresando con el Libertador, que se proponía formar en el Norte algunos batallones de reserva.

Manolita Madroño guardó tal culto por el nombre y recuerdo de su amante, que jamás correspondió a pretensiones de galanes. A ella no la arrastraba el río, por muy crecido que fuese.

\* \* \*

Hoy, en su edad senil, cuando ya el pedernal no da chispa, se alegra y siente como rejuvenecida cuando alguno de sus paisanos la saluda, diciéndola:

—¿Como está *la vieja de Bolívar?*

Pregunta a la que ella responde, sonriendo con picardía:

—Como cuando era *la moza*.

## LAS TRES ETCETERAS DEL LIBERTADOR

### I

A fines de mayo de 1824 recibió el gobernador de la por entonces villa de San Ildefonso de Caraz, don Pablo Guzmán, un oficio del jefe de Estado Mayor del ejército independiente, fechado en Huaylas, en el que se le prevenía que debiendo llegar dos días más tarde, a la que desde 1868 fué elevada a la categoría de ciudad, una de las divisiones, aprestase sin pérdida de tiempo cuarteles, reses para rancho de la tropa y forraje para la caballería. Item se le ordenaba que, para su excelencia el Libertador, alistase cómodo y decente alojamiento, con buena mesa, buena cama, y etc., etc., etc.

Que Bolívar tuvo gustos sibaríticos es tema que ya no se discute; y dice muy bien Menéndez y Pelayo cuando dice que la Historia saca partido de todo, y que no es raro encontrar en lo pequeño la revelación de lo grande. Muchas veces, sin parar mientes en ello, oí a los militares de la ya extinguida generación que nos dió Patria e Independencia decir, cuando se proponían exagerar el

gasto que una persona hiciera en el consumo de determinado artículo de no imperiosa necesidad: —Hombre, usted gasta en cigarrros (por ejemplo) más que el Libertador en agua de Colonia.

Que don Simón Bolívar cuidase mucho del aseo de su personita y que consumiera diariamente hasta un frasco de agua de Colonia, a fe que a nadie debe maravillar. Hacía bien, y le alabo la pulcritud. Pero es el caso que en los cuatro años de su permanencia en el Perú tuvo el tesoro nacional que pagar ocho mil pesos !!!8.000!!! invertidos en agua de Colonia para uso y consumo de su excelencia el Libertador, gasto que corre parejas con la partida aquélla del Gran Capitán: "En hachas, picas y azadones, tres millones".

Yo no invento. A no haber desaparecido en 1884, por consecuencia de voraz (y acaso malicioso) incendio, el archivo del Tribunal Mayor de Cuentas, podría exhibir copia certificada del reparo que a esa partida puso el vocal a quien se encomendó, en 1829, el examen de cuentas de la comisaría del Libertador.

Lógico era, pues, que para el albarita don Simón aprestasen en Caraz buena casa, buena mesa y etc., etc., etc.

Como las pulgas se hicieron, de preferencia, para los perros flacos, estas tres *etcóteras* dieron mucho en qué cavillar al bueno del gobernador, que era hombre de los que tienen el talento encerrado en jeringuilla y más tupido que caldo de habas.

Resultado de sus cavilaciones fué el convocar, para pedirles consejo, a don Domingo Guerrero, don Felipe Castelumendi, don Justino de Milla y don Jacobo Cam-

pos, que eran, como si dijéramos, los caciques u hombres prominentes del vecindario.

Uno de los consultados, mozo que preclaba de no sufrir mal de piedra en el cerebro, dijo:

—¿Sabe usted, señor don Pablo, lo que en castellano quiere decir *etcétera*?

—Me gusta la pregunta. En priesa me ven y doncellez me demandan, como dijo una pazpuerca. No he olvidado todavía mi latín, y sé bien que *etcétera* significa *y lo demás*, señor don Jacobo.

—Pues entonces, lechuga, ¿por qué te arrugas? ¡Si la cosa está más clara que agua de *puquio*! ¿No se ha fijado usted en que esas tres *etcéteras* están puestas a continuación del encargo de buena cama?

—¡Vaya si me he fijado! Pero con ello nada saco en limpio. Ese señor jefe de Estado Mayor debió escribir como Cristo nos enseña: pan, pan, y vino, vino, y no fatigarme en que le adivine el pensamiento.

—¡Pero, hombre de Dios, ni que fuera usted de los que no compran cebolla por no cargar rabo! ¿Concibe usted buena cama sin una *etcétera* siquiera? ¿No cae usted todavía en la cuenta de lo que el Libertador, que es muy devoto de Venus, necesita para su gasto diario?

—No diga usted más, compañero—interrumpió don Felipe Castelumendi.— A moza por *etcétera*, si mi cuenta no marra.

—Pues a buscar tres ninfas, señor gobernador—dijo don Justino de Milla,—en obediencia al superior mandato; y no se empeñe usted en escogerlas entre las muchachas de zapato de ponlevi y basquiña de chamelote que su excelencia, según mis noticias, ha de darse por

bien servido siempre que las chicas sean como para cena de Nochebuena.

Según don Justino, en materia de paladar erótico era Bolívar como aquel bebedor de cerveza a quien preguntó el criado de la fonda: —¿Qué cerveza prefiere usted que le sirva? ¿Blanca o negra?— Sirvemela mulata.

—¿Y usted qué opina?—preguntó el gobernador dirigiéndose a don Domingo Guerrero.

—Hombre— contestó don Domingo,— para mí la cosa no tiene vuelta de hoja, y ya está usted perdiendo el tiempo que ha debido emplear en proveerse de *etcéteras*.

## II

Si don Simón Bolívar no hubiera tenido en asunto de faldas aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la Historia como libertador de cinco repúblicas. Las mujeres le salvaron siempre la vida, pues mi amigo García Tosta, que está muy al dedillo informado en la vida privada del héroe, refiere dos trances que en 1824 eran ya conocidos en el Perú.

Apuntemos el primero. Hallándose Bolívar en Jamaica en 1815, el feroz Morillo o su teniente Morales enviaron a Kingston un asesino, el cual clavó por dos veces un puñal en el pecho del comandante Amestoy, que se había acostado sobre la hamaca en que acostumbraba dormir el general. Este, por causa de una lluvia torrencial, había pasado la noche en brazos de Luisa Crober, preciosa joven dominicana, a la que bien podía cantársele lo de:

Morena del alma mía  
morena, por tu querer,  
pasaría yo la mar  
en barquito de papel.

Hablemos del segundo lance. Casi dos años después, el español Renovales penetró a media noche en el campamento patriota, se introdujo en la tienda de campaña, en la que había dos hamacas, y mató al coronel Garrido, que ocupaba una de éstas. La de don Simón estaba vacía, porque el propietario andaba de aventura amorosa en una quinta de la vecindad.

Y aunque parezca fuera de oportunidad, vale la pena recordar que en la noche del 25 de setiembre, en Bogotá, fué también una mujer quien salvó la existencia del Libertador, que resistía a huir de los conjurados, diciéndole:— De la mujer el consejo,— presentándose ella ante los asesinos, a los que supo detener mientras su amante escapaba por una ventana.

### III

La fama de mujerilgo que había precedido a Bolívar contribuyó en mucho a que el gobernador encontrara lógica y acertada la descifración que de las tres *ctoéteras* hicieron sus amigos, y, después de pasar mentalmente revista a todas las muchachas bonitas de la villa, se decidió por tres de las que le parecieron de más sobresaliente belleza. A cada una de ellas podía, sin escrúpulo, cantársele esta copla:

de las flores, la violeta;  
de los emblemas, la cruz;  
de las naciones, mi tierra,  
y de las mujeres, tú.

Dos horas antes de que Bolívar llegara, se dirigió el capitán de cívicos don Martín Camero, por mandato de la autoridad, a casa de las escogidas, y sin muchos preámbulos las declaró presas; y en calidad de tales las condujo al domicilio preparado para alojamiento del Libertador. En vano protestaron las madres, alegando que sus hijas no eran godas, sino patriotas hasta la pared del frente. Ya se sabe que el derecho de protesta es derecho femenino, y que las protestas se reservan para ser atendidas el día del juicio, a la hora de encender faroles.

—¿Por qué se lleva usted a mi hija?— gritaba una madre.

—¿Qué quiere usted que haga? contestaba el pobrete capitán de cívicos.—Me la llevo de orden suprema.

—Pues no cumpla usted tal orden— argumentaba otra vieja.

—¿Que no cumpla? ¿Está usted loca, comadre? Parece que usted quisiera que la complazca por sus ojos bellidos, para que luego el Libertador me fría por la desobediencia. No, hija, no entro en componendas.

Entretanto, el gobernador Guzmán, con los notables, salió a recibir a su excelencia a media legua de camino. Bolívar le preguntó si estaba listo el rancho para la tropa, si los cuarteles ofrecían comodidad, si el forraje era abundante, si era decente la posada en que iba a alojarse; en fin, lo abrumó a preguntas. Pero, y esto chocaba a don Pablo, ni una palabra que revelase curiosidad sobre las cualidades y méritos de las *etcéteras* cautivas.

Felizmente para las atribuladas familias, el Libertador entró en San Ildefonso de Caraz a las dos de la tarde, impúsose de lo ocurrido, y ordenó que se abriese la

jaula a las palomas, sin siquiera ejercer la prerrogativa de una vista de ojos. Verdad que Bolívar estaba entonces libre de tentaciones, pues traía desde Huaylas (supongo que en el equipaje) a Manolita Madroño, que era una chica de dieciocho años, de lo más guapa que Dios creara en el género femenino del departamento de Ancachs.

En seguida le echó don Simón al gobernadorecillo una repasata de aquellas que él sabía echar, y lo destituyó del cargo.

#### IV

Cuando corriendo los años, pues a don Pablo de Guzmán se le enfrió el cielo de la boca en 1882, los amigos embromaban al ex gobernador hablándole del renuncio que como autoridad cometiera, él contestaba:

—La culpa no fué mía, sino de quien en el oficio no se expresó con la claridad que Dios manda.

Y no me venga un cualquier  
con argumentos al aire;  
pres no he de decir *Volter*  
donde está escrito *Voltaire*.

Tres *etcéteras* al pie de una buena cama, para todo buen entendedor, son tres muchachas . . . y de aquí no apeo ni a balazos.

# LA CARTA DE LA LIBERTADORA

## I

Los limeños que por los años de 1825 a 1828 oyeron cantar en la Catedral, entre la Epístola y el Evangelio, a guisa de antifona:

De ti viene todo  
la bueno, Señor;  
nos diste a Bolívar,  
gloria de ti, gran Dios,

transmitieron a sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de *cuodlibeto*. Esta frase era: *la carta de la Libertadora*.

A galán marullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiritacas tenaces, pero insubstanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo, todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro a catedrática en echacorvería. Conque así, o se casa usted pronto, prontito, o da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora*.

—¿Qué es de fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa? —preguntaba una amiga a otra.

—Ya eso se acabó, hija— contesta la interpelada.— Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora*.

La susodicha epístola era, pues, equivalente a una notificación de desahucio, a darle a uno con la puerta en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Hasta mosconas y perendecas rabisaleñas se daban tono con la frase:

—Le he dicho a usted que no hay posada, y dale a desensillar. Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora*.

Por supuesto que ninguna limeña de mis juveniles tiempos en que ya habían pasado de moda los versitos de la antifona, para ser reemplazados con estos otros:

Bolívar fundió a los godos  
y, desde ese infausto día,  
por un tirano que había  
se hicieron tiranos todos;

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió ser mucha carta, pues de tanta fama disfrutaba. Y tengo para mí que las mismas contemporáneas de doña Manolita Sáenz (*la Libertadora*) no conocieron el documento sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo a adquirir copia de la carta de *la Libertadora*, para tener el gusto de echarla hoy a los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y, por ende, merece párrafo aparte.

## II

El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta

del Estado se publicara en Caracas una compilación de cartas a Bolívar, de las que fué poseedor el general Florencio O'Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el Gobierno complementaria dando también a luz las *Memorias* de O'Leary, y en efecto, llegaron a repartirse veintiseis tomos.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo 27, pues lo impreso alcanzó hasta la página 512, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el Gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de corregir las pruebas y dos ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos, que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara que éste les diera un ejemplar de cada pliego a medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo 27, cuyos poseedores diz que lo enseñan a los bibliófilos con más orgullo que Rothschild el famoso billete de banco por un millón de libras esterlinas (1).

Gracias a nuestro excelente amigo el literato caraqueño Aristides Rojas supimos que en ese tomo figura la carta de *la Libertadora* a su esposo el doctor Thorne. Este escribía constantemente a doña Manolita solicitando una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja ídem. El médico

---

(1) En 1916 hemos conseguido ejemplar del anatematizado tomo 27 hasta la página 512.

inglés —me decía Rojas —se había convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por lo tanto, más digno de babador que de corbata.

Y el doctor Thorne era de la misma pasta de aquel marido que le dijo a su mujer:

—¡Canalla! Me has traicionado con mi mejor amigo.

—¡Mal agradecido!— le contestó ella, que era de las hembras que tienen menos vergüenza que una gata de techo.— ¿No sería peor que te hubiera engañado con un extraño?

Toro a la plaza. Ahí va la carta.

### III

“No, no, no, no más, hombre, ¡por Dios! ¿Por qué me hace usted faltar a mi resolución de no escribirle? Vamos, ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces que no?”

“Usted es bueno, excelente, inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido, sin las cualidades de usted, sería nada.

“¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer de otro, ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, o sea de la Santísima Trinidad?”

“Yo sé muy bien que nada puede unirme a Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales.

"Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa. En el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no.

"¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría que es usted muy descontentadizo.

"En la patria celestial pasaremos una vida angélica, que allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación, en amor se entiende; pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo; la conversación, sin gracia; la chanza, sin risa; el saludar con reverencia; el caminar despacio; el sentarse con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero a mí, miserable mortal, que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada a Inglaterra perpetua.

"Formalmente, sin reírme, y con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted. No, no y no.

"Su invariable amiga, *Manuela*."

#### IV

Si don Simón Bolívar hubiera tropezado un día con el inglés seguro que entre los dos habría habido el siguiente diálogo:

—*Como yo vuelva a saber  
que escribe a mi dulcinea...*

—*¡Pero, hombre, sí es mi mujer!*

—*¡Qué me importa que lo sea!*

¿No les parece a ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó y que más claro y repiqueteado no cacarea una gallina?

## LA ULTIMA FRASE DE BOLIVAR

La escena pasa en la hacienda "San Pedro Alejandrino", y en una tarde de diciembre del año 1830.

En el espacioso corredor de la casa, y sentado en un sillón de vaqueta, veíase a un hombre demacrado, a quien una tos cavernosa y tenaz convulsionaba de hora en hora. El médico, un sabio europeo, le propinaba una poción calmante, y dos viejos militares, que silenciosos y tristes paseaban en el salón, acudían solícitos al corredor.

Más que de un enfermo se trataba ya de un moribundo; pero de un moribundo de inmortal renombre.

Pasado un fuerte acceso, el enfermo se sumergió en profunda meditación, y al cabo de algunos minutos dijo con voz muy débil:

—¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta al sentirme ya próximo a la tumba?

—No, mi general.

—La idea de que tal vez he edificado sobre arena movediza y arado en el mar.

Y un suspiro brotó de lo más íntimo de su alma y volvió a hundirse en su meditación.

Transcurrido gran rato, una sonrisa tristísima se dibujó en su rostro y dijo pausadamente:

—¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo?

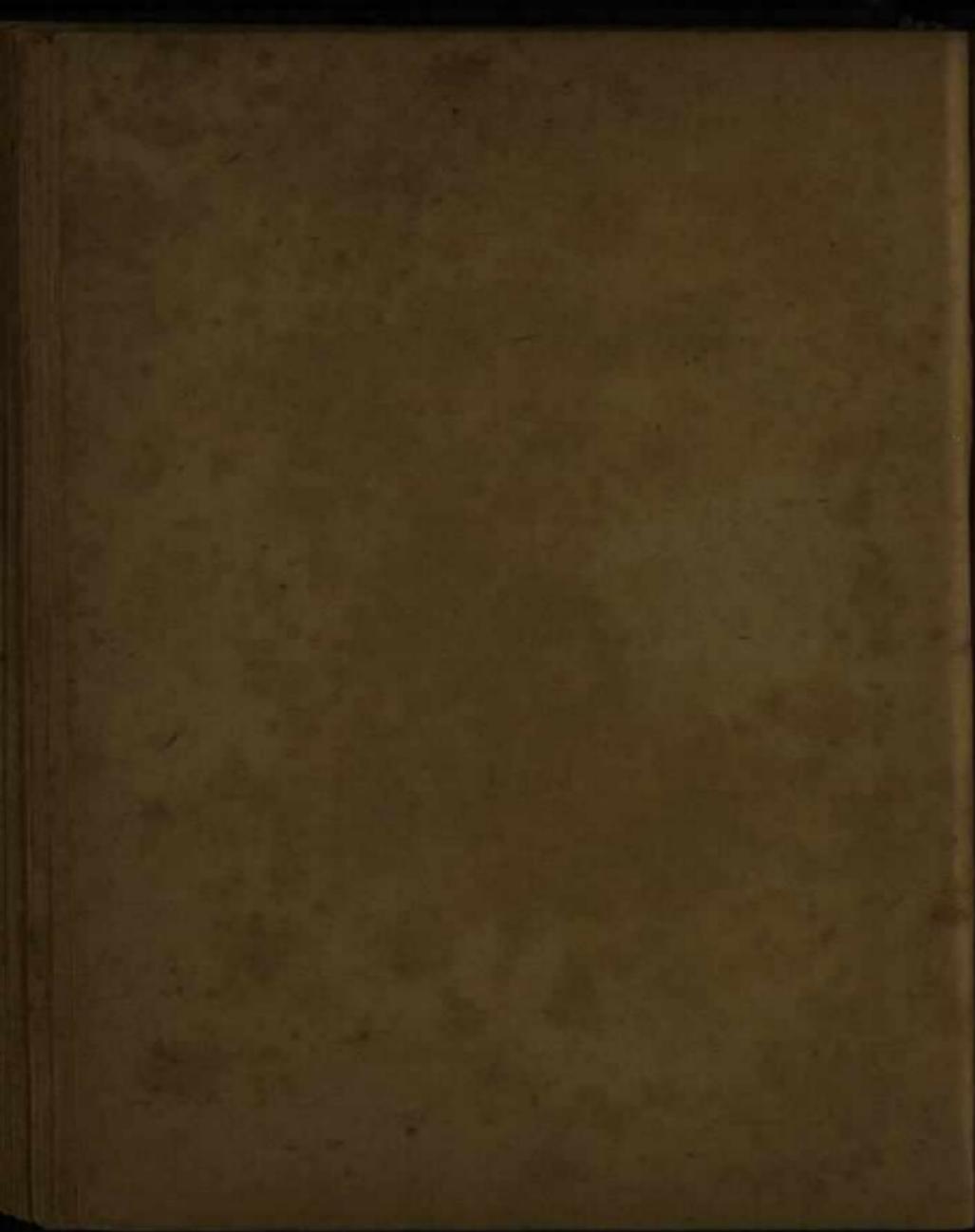
—Ciertamente que no, mi general.

—Acérquese usted, doctor..., se lo diré al oído...  
Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo,  
Don Quijote y... yo.

## INDICE

Breves Consideraciones . . . . .	5
Justicia de Bolívar . . . . .	11
El clarín de Canterac . . . . .	17
Bolívar y el cronista Calancha . . . . .	21
La revolución de la medallita . . . . .	29
Una chanza de Inocentes . . . . .	37
Entre Libertador y Dictador . . . . .	41
La Protectora y la Libertadora . . . . .	49
La vieja de Bolívar . . . . .	65
Las tres etcéteras del Libertador . . . . .	69
La carta de la Libertadora . . . . .	77
La última frase de Bolívar . . . . .	83

Este libro acabóse de imprimir el  
5 de febrero de 1938 en los ta-  
lleres gráficos de la Editorial  
Elite, Principal a Santa Ca-  
pilla N.º 6, Caracas, Ve-  
nezuela, habiéndose he-  
cho por cuenta y or-  
den de "Ediciones  
La Torre".



**LIBRERIA LA TORRE**  
**Ofrece las**  
**Ediciones "La Torre"**



**RAMON DIAZ SANCHEZ**

**TRANSICION**

Un estudio desapasionado de la realidad política venezolana. Incorporación del país a las nuevas tendencias ideológicas.

Edición fina: Bs. 3,50.

Edición corriente: Bs. 2,50.



# **Memorias de un Venezolano de la Decadencia**

**POR JOSE RAFAEL POCATERRA**

Libro crudo y fuerte, escrito con la sangre de millares de víctimas torturadas con castigos infernales en las prisiones de Venezuela durante los proditorios gobiernos de Castro y de Gómez... Párrafos vibrantes de acusación histórica saltan de la pluma demoledora de tiranías del autor de

## **MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA**

como aristas candentes al golpe del cincel sobre el cuarzo, cuando traza las páginas descriptivas de la muerte de Juan C. Gómez, cómplice de las crueldades de su hermano el "rehabilitador".

Este libro, que conceptuamos "El Libro de los Venezolanos", debe ser leído por todos con el dolor del patriotismo herido: así podremos darnos cuenta del misterio espantoso que envolvió la vida de hombres dignos,—jóvenes muchos de ellos,—perdidos para la obra presente de la reconstrucción de Venezuela.

**Lucas Guevara.**

**CUARTA EDICION VENEZOLANA  
LIBRERIA LA TORRE  
Teléfono 6900.**

**Precio de la obra en dos tomos: Bs. 10,00.**

**Caracas - Venezuela**